

*Felices los pobres de espíritu,  
porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3)*

## **CIENCIA Y ETICA DE LA FELICIDAD CARITAS, AMISTAD SOCIAL, Y EL FIN DE LA POBREZA**

Pontificia Academia de Ciencias Sociales  
3 y 4 de octubre 2021  
Casina Pío IV, Ciudad del Vaticano

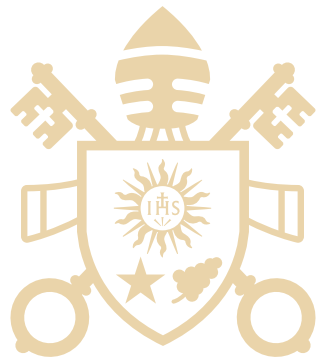


*Blessed are the poor in spirit,  
for theirs is the kingdom of heaven (Mt 5:3)*

## **SCIENCE AND ETHICS OF HAPPINESS CARITAS, SOCIAL FRIENDSHIP, AND THE END OF POVERTY**

Pontifical Academy of Social Sciences  
October 3-4, 2021  
Casina Pio IV, Vatican City







## MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

*Queridos hermanos y hermanas:*

Según san Agustín, toda la perfección de nuestra vida está contenida en el “sermón de la montaña” (cf. *Mt 5s*); y lo demuestra por el hecho de que Jesucristo incluye en ellas el fin al que nos conduce, es decir, la promesa de la felicidad.<sup>1</sup> Ser feliz es aquello que más anhela el ser humano. De ahí que el Señor promete la felicidad a los que quieran vivir según su estilo y ser reconocidos como *bienaventurados*.

Toda la felicidad está incluida en estas bienaventuradas palabras de Cristo. Ahora, si bien todos los humanos desean la felicidad, difieren en sus juicios concretos sobre ella: algunos desean esto, otros aquello. Hoy nos topamos con un paradigma imperante, muy difundido por el “pensamiento único”, que confunde la utilidad con la felicidad, pasarla bien con vivir bien y pretende volverse el único criterio válido de discernimiento. Una forma sutil de colonialismo ideológico. Se trata de imponer la ideología según la cual la felicidad sólo consistiría en lo útil, en las cosas y en los bienes, en la abundancia de cosas, de fama y de dinero. Ya el salmista lamenta esta tergiversación: «¡Feliz el pueblo que tiene todo esto!» (*Sal 144,15*). Se aprovecha el miedo de las personas, miedo a quedarse sin lo necesario, porque saben que aterra sufrir carencias en el futuro. Cualquier forma de escasez provoca la avidez. De ahí surge el deseo inmoderado de poseer riquezas, que no es otra cosa que lo que san Pablo llama “avaricia”. Tal avaricia puede apoderarse tanto de las personas como de las familias y de las naciones, especialmente de las más ricas, aunque tampoco están exentas las más desprovistas. También puede suscitar en unas y en otras un materialismo sofocante y un estado general de conflicto que lo único que logra es multiplicar la pobreza para la mayoría. Esta situación es causa de enormes sufrimientos y ataca al mismo tiempo la dignidad de las personas y la del planeta —nuestra Casa Común—. Todo ello, con el interés de sostener la tiranía del dinero que sólo garantiza privilegios a unos pocos. Podemos estar muy agarrados al dinero, poseer muchas cosas, pero al final no nos las llevaremos con nosotros. Recuerdo siempre lo que me enseñó mi abuela: «el sudario no tiene bolsillos».

Hoy vemos que el mundo nunca ha sido tan rico, sin embargo —a pesar de tal abundancia— la pobreza y la desigualdad persisten y, lo que es peor aún, crecen. En estos tiempos de opulencia, en los que debería ser posible poner fin a la pobreza, los poderes del pensamiento único no dicen nada de los pobres, ni de los ancianos, ni de los inmigrantes, ni de las personas por nacer, ni de los gravemente enfermos. Invisibles para la mayoría, son tratados como descartables. Y cuando se los hace visibles, se los suele presentar como una carga indigna para el erario público. Es un crimen de lesa humanidad que, a consecuencia de este paradigma avaro y egoísta predominante, nuestros jóvenes sean explotados por la nueva creciente esclavitud del tráfico de personas, especialmente en el trabajo forzado, la prostitución y la venta de órganos.

Habida cuenta de los enormes recursos disponibles de dinero, riqueza y tecnología con que contamos, nuestra mayor necesidad no es ni seguir acumulando, ni una mayor riqueza,

---

<sup>1</sup> «Si alguien considera piadosa y sobriamente el sermón que nuestro Señor Jesucristo pronunció en el monte, como lo leemos en el Evangelio según san Mateo, creo que encontrará en él, en lo que respecta a la más alta moral, una norma perfecta de la vida cristiana» (San Agustín, *Sobre el Sermón de la Montaña*, I, 1).

ni más tecnología, sino actuar el paradigma siempre nuevo y revolucionario de las bienaventuranzas de Jesús, empezando por la primera que ustedes están considerando con tanta atención: «Felices (μακάριοι) los pobres de espíritu (οἱ πτωχοὶ τοῦ πνεύματι), porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos» (Mt 5,3). Paradójicamente el espíritu de pobreza es aquel punto de inflexión que nos abre el camino hacia la felicidad mediante un giro completo de paradigma. Este, mientras nos despoja del espíritu mundano, nos conduce a usar nuestras riquezas y tecnologías, bienes y talentos en pro del desarrollo humano integral, del bien común, de la justicia social y del cuidado y protección de nuestra casa común. La paradoja de la pobreza de espíritu, a la que somos llamados, consiste en que siendo la llave de la felicidad para todos —individual y socialmente—, no todos quieren escucharla: «¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!» (Lc 18,24).

La pobreza de espíritu es, entonces, este camino sorprendente e insólito, “estrecho y angosto” (Mt 7,14), pero seguro para alcanzar la plenitud a la que como personas y como sociedad estamos llamados.

Pero atención, Jesús no dice que sea una bendición la pobreza “material”, entendida como privación de lo necesario para vivir dignamente: alimento, trabajo, vivienda, salud, vestimenta, educación, oportunidades, etc. Esta pobreza es causada la mayoría de las veces por la injusticia y la avaricia, y no tanto por las fuerzas de la naturaleza (calentamiento global, calamidades, pandemias, terremotos, inundaciones, tsunamis, etc.), es más en algunas estas últimas no pocas veces también se advierte la manipulación humana. La pobreza como privación de lo necesario —es decir, la miseria— es socialmente, como lo han visto claramente L. Bloy y Péguy, una especie de infierno, porque debilita la libertad humana y pone a los que la sufren en condiciones de ser víctimas de las nuevas esclavitudes (trabajo forzado, prostitución, tráfico de órganos y otras más) para poder sobrevivir. Son condiciones criminales que en estricta justicia deben ser denunciadas y combatidas sin descanso. Todos, según la propia responsabilidad, y en particular por los gobiernos, las empresas multinacionales y nacionales, la sociedad civil y las comunidades religiosas, deben hacerlo. Son las peores degradaciones de la dignidad humana y para un cristiano, las llagas abiertas del cuerpo de Cristo que desde su cruz clama: tengo sed. «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!» como lo afirma san Lucas (cf. 6,20) es un llamado a la libertad que prioriza la necesidad de socorrer al enfermo y al pobre con alimento, salud, refugio, vestimenta y otras necesidades básicas. Es más, Jesús proclama que en el juicio final se medirá a todas las personas, a las familias, a las asociaciones, como también a todos los pueblos según el protocolo de ayuda a los hermanos necesitados: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40).

Los pobres de espíritu son ricos de este “instinto” del Espíritu Santo, son ricos de fraternidad y deseosos de la amistad social. Así lo testimonió el joven Francisco de Asís, hijo de un rico comerciante, en los albores de la era industrial, del capitalismo y de la banca, abandona las riquezas y comodidades para hacerse pobre entre los pobres, testimoniando esta bienaventuranza con el llamado *sposalizio con madonna povertà*. Movidio por el espíritu de pobreza advierte en el sufrimiento del leproso que la verdadera riqueza y la alegría no son las cosas, el tener, el paradigma mundano, sino el amor a Cristo y el servicio solidario a los demás. En un sentido plenamente serio y entusiasta —afirma Chesterton— san Francisco podía decir: “Bienaventurado quien nada tiene ni espera porque poseerá todo y de todo disfrutará”.<sup>2</sup> Asimismo, tocada por el sufrimiento de la multitud de pobres de nuestro tiempo que

---

<sup>2</sup> G.K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, cap. 5, El juglar de Dios.

consideraba como propios, la misericordia ha sido para Madre Teresa de Calcuta el agua viva y el pan vivo que daban primor a cada obra suya, y la energía que saciaba y alimentaba a los que no tenían nada más que “hambre y sed de justicia”. Del mismo modo, muchos hombres y mujeres de fe viva —y no sólo— han recibido gracias de los pobres, porque en cada hermano y hermana en dificultad abrazamos la carne de Cristo sufriente.

Junto al aumento masivo de la pobreza, la otra consecuencia del paradigma materialista predominante es el creciente incremento de la grieta de las desigualdades, lo cual causa el malestar social y generaliza el conflicto, no sólo poniendo en peligro la democracia, sino también debilitando el necesario bien social. Este trágico y sistémico aumento de las desigualdades entre grupos sociales dentro de un mismo país y entre las poblaciones de los diferentes países tiene también un impacto negativo en el plano económico, político, cultural e inclusive espiritual. Y esto a causa del progresivo desgaste del conjunto de relaciones de fraternidad, amistad social, concordia, confianza, fiabilidad y respeto, que son el alma de toda convivencia civil. Naturalmente, la avaricia que mueve el sistema ha dejado de lado ya, desde hace mucho tiempo, la principal consecuencia económico-social y política del “espíritu de pobreza”, aquella que exige la justicia social y la co-responsabilidad en la gestión de los bienes y de los frutos del trabajo de los seres humanos. «Acaso, ¿soy el guardián de mi hermano?» ( Gn 4,9). El *Catecismo de la Iglesia católica* recuerda que: «El derecho a la propiedad privada, adquirida o recibida de modo justo, no anula la donación original de la tierra al conjunto de la humanidad. El destino universal de los bienes continúa siendo primordial, aunque la promoción del bien común exija el respeto de la propiedad privada, de su derecho y de su ejercicio».<sup>3</sup> Y poco después agrega: «Los bienes de producción —materiales o inmateriales— como tierras o fábricas, profesiones o artes, requieren los cuidados de sus poseedores para que su fecundidad aproveche al mayor número de personas».<sup>4</sup> De modo que los poseedores de bienes deben usarlos con espíritu de pobreza reservando la mejor parte al huésped, al enfermo, al pobre, al viejo, al desvalido, al excluido; que son el rostro, tantas veces olvidado, de Jesús, que es a quién buscamos cuando buscamos el bien común. El desarrollo de una sociedad se mide por la capacidad de socorrer premurosamente al que sufre.

Ya en 1967, san Pablo VI escribía en la encíclica *Populorum progressio*: «Sabido es con qué firmeza los Padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen respecto a los que se encuentran en necesidad: ‘No es parte de tus bienes —así dice san Ambrosio— lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos’».<sup>5</sup> Un nuevo paso importante, en 1987, es dado por san Juan Pablo II, quien introduce por primera vez la noción de “estructuras de pecado” para indicar una de las principales causas de la desigualdad social del sistema capitalista, que produce esclavos.<sup>6</sup>

La buena noticia es que, creado a imagen de Dios, el ser humano está llamado a colaborar libremente con el Creador y a desarrollar sosteniblemente la tierra y, a su vez, a plasmar la sociedad con el carácter espiritual fraterno que él mismo recibió en el programa de las bienaventuranzas. Si bien la globalización de la indiferencia parece ser la voz imperante, durante todo este tiempo de pandemia vimos como la globalización de la solidaridad se pudo imponer con su discreción característica en los distintos rincones de nuestras ciudades. Debemos,

---

<sup>3</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2403.

<sup>4</sup> *Ibid.* n. 2405.

<sup>5</sup> Cf. n. 23.

<sup>6</sup> Cf. Carta enc. *Sollicitudo Rei Socialis*, 36-40.

por tanto, despojarnos de la mundanidad para que el espíritu de las bienaventuranzas y, en nuestro caso, la pobreza de espíritu, adquiera forma entre nosotros y entre los pueblos. Sin embargo, todos nuestros discursos serán palabras, como dice el dicho, que se lleva el viento, si no logran arraigarse y encarnarse en la vida de los jóvenes. Esto nos exige trabajar con énfasis y esperanza en modelos educativos capaces de promover en las jóvenes generaciones el espíritu de las bienaventuranzas.

Quiero terminar con el eco que tiene en san Pablo el espíritu de pobreza enseñado por Cristo. No se puede dudar que Pablo encuentra legítimo desear lo necesario y, consecuentemente, trabajar para conseguirlo es un deber: «El que no quiere trabajar, que no coma» (2 Ts 3,10). Pero al mismo tiempo advierte a su discípulo Timoteo sobre la avaricia como origen de muchos males personales y sociales: «Los que desean ser ricos se exponen a la tentación, caen en la trampa de innumerables ambiciones, y cometen desatinos funestos que los precipitan a la ruina y a la perdición» (1 Tm 6,9). «Porque la avaricia (φιλαργυρία) es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por ella, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos» (1 Tm 6,10). A muchos este texto les parecerá de valor religioso o ascético, pero no económico. Es más, les parecerá destructor de la economía. Sin embargo, es un texto eminentemente socioeconómico y político, como lo son las bienaventuranzas de Cristo y en especial aquella del espíritu de pobreza en la que este se inspira. Porque Pablo individualiza con extrema lucidez: «se ocasionaron innumerables sufrimientos», es decir, la avaricia no les suministró el bienestar económico y social que buscaban, ni tampoco la libertad y la felicidad que deseaban. Al contrario, la avaricia esclaviza al poder de turno sin piedad y sin justicia en la lucha despiadada por el becerro de oro y el dominio, como lo demuestra la economía moderna. Por ello, el bienestar mismo de cada persona, de la economía y de la sociedad local y global exige el espíritu de pobreza, el ser capaces de regular el deseo de lucro y avaricia, de dejarnos guiar por el Espíritu Santo, cuyos frutos de «amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y dominio de sí» (Ga 5, 22s).

Para superar esta avaricia, estamos llamados a realizar un movimiento global contra la indiferencia que cree o recree instituciones sociales inspiradas en las bienaventuranzas y nos impulsen a buscar la civilización del amor. Un movimiento que ponga límite a todas aquellas actividades e instituciones que por su propia inclinación tienden sólo al lucro, especialmente las que san Juan Pablo II llamó “estructuras de pecado”. Entre ellas la que definí como “globalización de indiferencia”. Pidamos al Señor que nos dé su “espíritu de pobreza”. Busquemos y nos ayudará a encontrarlo. Llamemos para que se nos abra la puerta del camino de las bienaventuranzas y de la auténtica felicidad.

Roma, San Juan de Letrán, 2 de octubre de 2021.

*Franciscus*



## MESSAGE OF THE HOLY FATHER FRANCIS

*Dear Brothers and Sisters,*

According to St. Augustine, the way to a perfect life is contained in our Lord's "Sermon on the Mount" (*Mt 5ff.*). St. Augustine demonstrates this by the fact that Jesus Christ includes in it the promise of happiness as the goal to which he leads us.<sup>1</sup> Being happy is what humans long for most. Hence the Lord promises happiness to those who wish to live according to his way, and to be recognized as *blessed*.

All kinds of happiness are included in Christ's blessed words. Now, while all human beings desire happiness, they differ in their concrete judgments about it: some desire this, others that. Today we are faced with a prevailing paradigm, circulated widely by "mainstream thought", which confuses utility with happiness, and having a good time with living well, and intends to become the only valid criterion of discernment. It is a subtle form of ideological colonialism. It is a way of imposing the ideology according to which happiness only consists in what is useful, in material things and goods, that is to say, in the abundance of material things, fame and money. The psalmist already laments this distortion: "Happy are the people who are in such a state" (*Ps 144:15*). People's fear is exploited, such as the fear of being deprived of their basic needs, because they know that people are terrified of future deprivation. Any form of scarcity provokes avarice. From this arises the immoderate desire to possess natural or artificial riches, which is nothing other than what St. Paul calls "greed". Such greed can take hold of individuals as well as families and nations, especially the richer ones, although the poorer ones are not exempt either. It can also give rise to suffocating materialism and a general state of conflict which only increases poverty for the majority. This situation causes enormous suffering and threatens both the dignity of individuals and the dignity of the planet – our Common Home. In the interest of supporting the tyranny of money, very few people are guaranteed privileges. We can be very attached to money, possess many things, we will not be able to take them with us but in the end. I always remember that my grandmother used to say: "a shroud has no pockets".

The world has never been richer, yet – despite such abundance – poverty and inequality persist and grow. In these times of opulence, when it should be possible to put an end to poverty, the powers behind mainstream thought don't mention the poor, the elderly, the migrants, the unborn and the seriously ill. Invisible to most, these people are treated as disposable. And when they are made visible, they are often presented as an unworthy burden on the public purse. It is a crime against humanity that, as a result of this prevailing greedy and selfish paradigm, our young people are exploited by the new and growing slavery of human trafficking, especially in forced labour, prostitution and organ trafficking.

Given the huge available resources in terms of money, wealth and technology at our disposal, our greatest need is neither further accumulation, nor greater wealth, nor more technology, but to act out the ever new and revolutionary paradigm of Jesus' beatitudes, beginning with the first one that you are considering so carefully: "Blessed (μακάριοι) are the poor in spirit, for to them belongs the kingdom of heaven" (*Mt 5:3*). Paradoxically, the

---

<sup>1</sup> "If anyone piously and soberly considers the sermon which our Lord Jesus Christ delivered on the mount, as we read it in the Gospel according to St. Matthew, I believe he will find in it, so far as the highest morals are concerned, a perfect rule of the Christian life" (St. Augustine, *On the Sermon on the Mount*, L. I, c. 1).

spirit of poverty is the turning point that paves the way to our happiness through a complete paradigm shift. While stripping us of the worldly spirit, it directs us to use our wealth and technology, goods and talents in favour of integral human development, of the common good, of social justice and of the care and protection of our Common Home. The paradox of the poverty of spirit to which we are called consists in the fact that, although it is the key to happiness for all – individually and socially – not everyone wants to hear it: “How hard it is for the rich to enter the kingdom of God! (Lk 18:24).

Poverty of spirit is, then, this surprising and unusual path, “straight and narrow” (Mt 7:14), but sure to reach the fullness to which we as persons and society are called. But be careful, Jesus does not say that “material” poverty, understood as deprivation of what is necessary to live with dignity, is a blessing: food, work, housing, health, clothing, education, opportunities, etc. This poverty is most often caused by injustice and greed, and not so much by the forces of nature (global warming, calamities, pandemics, earthquakes, floods, tsunamis, etc.), moreover, in some of the latter, human manipulation is often evident. Poverty as deprivation of what is necessary – that is, destitution – is socially, as L. Bloy and Péguy clearly saw, a kind of hell, because it weakens human freedom and creates the conditions for becoming victims of modern slavery – such as forced labour, prostitution, organ trafficking and others – in order to survive. These are criminal conditions that, in strict justice, must be denounced and fought relentlessly. Everyone must do so, according to their own responsibility, and in particular governments, multinational and national companies, civil society and religious communities. These are the worst forms of degradations of human dignity and, for Christians, they represent the open wounds on the body of Christ who cries out from his cross: I’m thirsty. “Blessed are the poor, for the Kingdom of God belongs to you”, as St. Luke affirms (6:20), is a call to freedom that prioritizes the need to help the sick and the poor with food, health, shelter, clothing and other basic needs. Moreover, Jesus proclaims that on Judgment Day, all individuals, families, associations, as well as all peoples will be measured according to the protocol of the help given to the neediest among their brothers and sisters: “Truly I tell you, whenever you did it to the least of my brethren, you did it to me” (Mt 25:40).

The poor in spirit are rich in this “instinct” of the Holy Spirit, rich in fraternity and desirous of social friendship. Thus the young Francis of Assisi, the son of a rich merchant, at the dawn of the industrial age, of capitalism and banking, abandons his wealthy, comfortable life to become poor among the poor, testifying to this beatitude with the so-called *sposalizio con madonna povertà* (*marriage to lady poverty*). Moved by the spirit of poverty, in the suffering of the leper he realizes that true riches and true joy are not material things, possessions, the worldly paradigm, but love for Christ and service in solidarity with others. Chesterton affirms that in a fully serious and enthusiastic sense St. Francis was able to say: “Blessed is he who has nothing and hopes for nothing, because he will possess everything and enjoy everything”.<sup>2</sup> Likewise, touched by the suffering of the multitude of the poor of our time whom she considered as her own, mercy was for Mother Teresa of Calcutta the living water and the living bread that gave beauty to her work, and the energy that satiated and nourished those who had nothing but “hunger and thirst for justice”. In the same way, many men and women of living faith have received graces from the poor, because in every brother and sister in difficulty we embrace the flesh of the suffering Christ.

Along with the massive increase in poverty, the other consequence of the prevailing materialistic paradigm is the growing inequality gap, which causes social unrest and gen-

---

<sup>2</sup> G.K. Chesterton, *St. Francis of Assisi*, ch. 5, The Minstrel of God.



eralized conflict, not only endangering democracy, but also weakening the necessary social good. This tragic and systemic increase in inequalities between social groups within the same country and between the populations of different countries also has a negative impact on the economic, political, cultural and even spiritual level. This is due to the progressive erosion of the relationships of fraternity, social friendship, harmony, trust, reliability and respect, which are the soul of all civil coexistence. Naturally, a long time ago the greed that drives the system had already pushed to one side the main economic, social and political consequence of the “spirit of poverty”, which demands social justice and joint responsibility in the management of the goods and fruits of the work of human beings. “Am I my brother’s keeper?” (*Gen* 4:9). The *Catechism of the Catholic Church* reminds us that: “The right to private property, whether acquired or received in a just manner, does not cancel the original gift of the earth to the whole of humanity. The universal destination of goods remains paramount, even if the promotion of the common good requires respect for private property, its right and its exercise”.<sup>3</sup> And a little later it adds: “Manufactured goods – material or immaterial – such as land or factories, professions or arts, require the care of their possessors so that their fruitfulness may benefit the greatest number of people”.<sup>4</sup> So the possessors of goods must use them in a spirit of poverty, reserving the best part for the guest, the sick, the poor, the old, the helpless, the excluded; they are the face, so often forgotten, of Jesus, who is the one we look to when we seek the common good. The development of a society is measured by its capacity to help those who suffer.

As early as 1967, St. Paul VI wrote in the encyclical *Populorum Progressio*: “It is well known how firmly the Fathers of the Church have made clear what should be the attitude of those who possess towards those who are in need: ‘What you give to the poor is not part of your goods,’ says St. Ambrose, ‘but what you give to the poor belongs to him. For what has been given for the use of all, you appropriate for yourself. The earth has been given for the whole world and not only for the rich’”.<sup>5</sup> A new important step was taken in 1987 by St. John Paul II, who introduced for the first time the notion of “structures of sin” to indicate one of the main causes of the social inequality of the capitalist system, which produces slaves.<sup>6</sup>

The good news is that, created in the image of God, the human being is called to collaborate freely with the Creator and to develop the earth sustainably and, in turn, to shape society with the fraternal spiritual character that he himself has received in the program of the beatitudes. While the globalization of indifference seems to be the prevailing voice, throughout this pandemic we saw how the globalization of solidarity was able to impose itself with its characteristic discretion in the different corners of our cities. We must, therefore, divest ourselves of worldliness, so that it is the spirit of the beatitudes, and in our case, poverty of spirit, that takes shape among us and among peoples. However, as the saying goes, all our words will be carried away by the wind, if they fail to take root and become incarnate in the lives of young people. This requires us to work with emphasis and hope to establish educational models capable of generating the spirit of the Beatitudes.

I want to end with the echo that the spirit of poverty taught by Christ has in St. Paul. There can be no doubt that St. Paul finds it legitimate to desire what is necessary, just as working to obtain it is a duty: “He who will not work, let him not eat” (2 *Thess* 3:10). But at the same time he warns his disciple Timothy about greed as the origin of many personal

---

<sup>3</sup> See § 2403.

<sup>4</sup> See § 2405.

<sup>5</sup> See § 23.

<sup>6</sup> See, *Sollicitudo Rei Socialis*, §§ 36-40.

and social evils: “Those who desire to be rich expose themselves to temptation, fall into the snare of innumerable ambitions, and commit disastrous mistakes that lead them to ruin and perdition” (1 *Tim* 6:9). “For avarice (φιλαργυρία) is the root of all evils, and by being led away by it, some lost faith, and caused themselves innumerable sufferings” (1 *Tim* 6:10). To many this text will seem of religious or ascetic value, but not economic. Indeed, it will seem to them to be destructive of the economy. Yet, it is an eminently socio-economic and political text, as are the beatitudes of Christ and especially that of the spirit of poverty from which he draws his inspiration. For Paul individualizes with extreme lucidity: “innumerable sufferings were brought upon them”, that is, greed did not provide them with the economic and social well-being they sought, nor the freedom and happiness they desired. On the contrary, greed mercilessly enslaves the powers that be in the unputying struggle for the golden calf and for power, as modern economics demonstrates. Therefore, the very wellbeing of each person, the wellbeing of the economy and of the global and local society demands a spirit of poverty, to be able to regulate the desire for profit and greed, to let ourselves be guided by the Holy Spirit whose fruits are “love, joy and peace, magnanimity, kindness, goodness and trust, gentleness and self-control” (*Gal* 5, 22 f.).

To overcome this greed, we are called to realize a global movement against indifference to create or recreate social institutions inspired by the Beatitudes and to impel us to seek the civilization of love. This movement should set boundaries for all those activities and institutions that by their very inclination only tend to profit, especially those that St. John Paul II called “structures of sin”. Among them are the ones I defined as “globalization of indifference”. Let us ask the Lord to give us his “spirit of poverty”. Let us seek and He will help us find it. Let us knock so that the door of the way of the Beatitudes and of authentic happiness may be opened to us.

Rome, St. John Lateran, 2 October 2021.

*Franciscus*

# SALUDO

Por Su Santidad el Patriarca Ecuménico Bartolomé  
En el Encuentro de Ciencia y Ética para la Felicidad sobre la Pobreza  
Vaticano, 4 de octubre de 2021

Su Gracia Monseñor Sorondo,  
Querido profesor Sachs,  
Distinguidos participantes,

Es un verdadero honor que se me pida estar presente en parte de su auspicioso encuentro sobre la pobreza, que forma parte del “Proyecto Ciencia y Ética para la Felicidad” en la Academia Pontificia de Ciencias Sociales en colaboración con eminentes instituciones y fundaciones. Su trabajo aquí es vital en la medida en que da carne y hueso a la teología y la teoría sobre la curación de las divisiones entre la humanidad y las heridas de nuestro planeta.

Nos conmueve profundamente que haya elegido como centro de su debate la bienaventuranza del Señor en el Sermón de la Montaña del Evangelio según San Mateo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. En su relato evangélico, Mateo no ofrece una biografía de Jesús, ni tampoco un sermón religioso. Presenta una visión del mundo, una nueva forma de ver el mundo, una forma de vida alternativa. Y lo que nos dice es que la belleza, la justicia y la paz, para las que Dios creó y destinó el mundo, deben formar parte de nuestra propia cosmovisión y estilo de vida.

Por supuesto, el reino de Dios nunca puede reducirse simplemente a una cuestión de normas y reglamentos. Ciertamente, no es un refuerzo del poder mundano y de las instituciones seculares. El reino de Dios es una inversión de actitudes, una reordenación de valores, una conversión del comportamiento. El reino de Dios significa convertirse cada vez más en una persona que comparte la justicia y la paz de Dios. Implica someterse a la autoridad de Dios, en lugar de someterse a la autoridad de este mundo. Y vivir las Bienaventuranzas significa nuestra aceptación de esta nueva autoridad.

Para ello, San Mateo nos dice que debemos hacernos pobres; para llegar a ser completos, debemos renunciar a nuestros hábitos. Quizá recuerdes que en otra parte Cristo dice: “Ve y vende todos tus bienes y dáselos a los pobres”. (Mt. 19.21) La cuestión es: ¿Cuánto estamos dispuestos a entregar? ¿Cuánto estamos dispuestos a vender para encontrar la justicia y la paz? Esto es, en última instancia, a lo que la gente se resiste.

Por supuesto, Mateo no romantiza la pobreza. La pobreza *no es* buena; *no es una* bendición; *no es una* virtud. De hecho, la pobreza es la indicación más clara de que el reino de Dios *aún no ha* llegado. Sin embargo, la pobreza puede ser voluntaria; la pobreza implica compartir con los pobres, reconocer que todo el mundo tiene derecho a *una cantidad suficiente* de recursos de la tierra: suficiente agua, suficiente energía, suficiente comida, suficiente atención sanitaria, paz y seguridad. Y si el propósito de Dios es que seamos *más y más*, debemos admitir que cuando tenemos *más que suficiente*, entonces somos menos que humanos.

Hace poco más de un año, el Santo y Sagrado Sínodo del Patriarcado Ecuménico aprobó oficialmente el trabajo de una comisión teológica encargada de “preparar un documento formal sobre la doctrina social de la Iglesia Ortodoxa, tal y como se ha reflejado y expresado en la tradición a lo largo de los siglos y por el Patriarcado Ecuménico en la práctica contemporánea, en particular tal y como se ha adoptado recientemente en los documentos y

decisiones del Santo y Gran Concilio celebrado en Creta en junio de 2016.” El título de este documento es *Para la vida del mundo: Hacia un ethos social de la Iglesia Ortodoxa*.

Este documento nos recuerda el impacto que tiene sobre los pobres cualquier condición adversa, ya sea natural o social, económica o política. Hemos sido testigos de esta realidad en los últimos dieciocho meses con la propagación mundial del coronavirus. También lo vemos en la crisis climática. Casi invariablemente, la mayor carga inmediata recae sobre los sectores menos desarrollados económicamente de la tierra, donde los gobiernos pueden hacer —o eligen hacer— muy poco para proteger a los indigentes contra las consecuencias de los residuos industriales y la devastación ecológica general.

Los Padres de la Iglesia subrayan que los abundantes recursos de la creación son un derecho común de todos los hombres. De hecho, nuestro santo predecesor en el Trono de Constantinopla a finales del siglo IV, Juan Crisóstomo, predicó sin miedo —y de hecho arriesgó su vida para proclamar con valentía— que el rico que no reparte su riqueza entre los necesitados es un ladrón.<sup>1</sup> Todo lo que los ricos poseen les ha sido confiado para el bien común y pertenece a todos los hombres.<sup>2</sup>

Queridos amigos,

Este es el claro mensaje del Evangelio. Esta es la clara vocación de la Iglesia. Estamos llamados a ser una voz para los pobres y una voz contra los que descuidan o abusan de los débiles para servir a los intereses de los fuertes.

Gracias por lo que estáis haciendo con este fin. Y gracias por su atención.

---

<sup>1</sup> Juan Crisóstomo, *Sobre Lázaro* 2.4.

<sup>2</sup> Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Mateo* 5.9.

# GREETING

By His All-Holiness Ecumenical Patriarch Bartholomew  
At the Science and Ethics for Happiness Meeting on Poverty  
Vatican, October 4, 2021

Your Grace Monsignor Sorondo,  
Beloved Professor Sachs,  
Distinguished participants,

It is truly an honor to be asked to be present for part of your auspicious meeting on poverty, which is part of the “Science and Ethics for Happiness Project” at the Pontifical Academy of Social Sciences in partnership with eminent institutions and foundations. Your work here is vital inasmuch as it gives flesh and bones to the theology and theory about the healing of the divisions among humankind and the wounds of our planet.

We are deeply moved that you have chosen as the focus of your discussion the Lord’s Beatitude in the Sermon on the Mount from the Gospel according to St. Matthew: “Blessed are the poor in spirit, for theirs is the kingdom of heaven.” In his gospel account, Matthew does not offer a biography of Jesus; nor again does he offer a religious sermon. He is presenting a worldview, a new way of looking at the world, an alternative way of life. And what he tells us is that the beauty, justice and peace, for which God created and intended the world, must become part of our own worldview and lifestyle.

Of course, God’s kingdom can never be reduced simply to a matter of rules and regulations. It is certainly not a reinforcement of worldly power and secular institutions. God’s kingdom is a reversal of attitudes, a reordering of values, a conversion of behavior. God’s kingdom means becoming more and more a person who shares in the justice and peace of God. It implies coming under the authority of God, rather than under the authority of this world. And living the Beatitudes signifies our acceptance of this new authority.

In order to do this, St. Matthew tells us that we must become poor; in order to become complete, we must relinquish our habits. You may remember that elsewhere Christ says: “Go and sell all your possessions and give them to the poor.” (Mt. 19.21) The question is: How much are we willing to surrender? How much are we willing to sell in order to find justice and peace? This is ultimately what people resist.

Of course, Matthew does not romanticize poverty. Poverty is *not* good; it is *not* blessed; it is *not* a virtue. Poverty is actually the clearest indication that the kingdom of God has *not yet* come. However, poverty can be voluntary; poverty implies sharing with the poor, acknowledging that everyone has a right to *enough* of the earth’s resources: sufficient water, sufficient energy, sufficient food, sufficient healthcare, peace and security. And if God’s purpose is for us to be *more and more*, we must admit that when we have *more than enough*, then we are less than human.

Just over a year ago, the Holy and Sacred Synod of the Ecumenical Patriarchate officially approved the work of a theological commission charged with “preparing a formal document on the social doctrine of the Orthodox Church, as this has been reflected and expressed in the tradition through the centuries and by the Ecumenical Patriarchate in contemporary practice, particularly as recently adopted in the documents and decisions of the Holy and

Great Council held in Crete in June 2016.” The title of this document is *For the Life of the World: Toward a Social Ethos of the Orthodox Church*.

This document reminds us of the impact on the poor of any adverse condition—natural or social, economic or political. We witnessed the reality of this over the last eighteen months with the global spread of the coronavirus. We also see this in the climate crisis. Almost invariably, the greatest immediate burden falls upon the less economically developed quarters of the earth, where governments can do—or elect to do—very little to protect the destitute against the consequences of industrial waste and general ecological devastation.

The Church Fathers underline that the plentiful resources of creation are the common birthright of all people. Indeed, our saintly predecessor on the Throne of Constantinople at the end of the fourth century, John Chrysostom, fearlessly preached—and indeed risked his life to proclaim courageously—that the rich man who will not share out his wealth to those in need is a thief.<sup>1</sup> Everything that the rich possess has been entrusted to them for the common good and belongs to all people.<sup>2</sup>

Dear friends,

This is the clear message of the Gospel. This is the clear vocation of the Church. We are called to be a voice for the poor and a voice against those who neglect or abuse the weak in order to serve the interests of the strong.

Thank you for what you are doing toward this end. And thank you for your attention.

---

<sup>1</sup> John Chrysostom, *On Lazarus* 2.4.

<sup>2</sup> John Chrysostom, *Homily on Matthew* 5.9.







## NOTA CONCEPTUAL

La vida económica moderna se destaca por dos grandes paradojas. En primer lugar, el mundo nunca ha sido tan rico, y sin embargo, a pesar de la abundancia, la pobreza persiste. En segundo lugar, la humanidad dispone de vastos conocimientos técnicos, pero es la tecnología misma la que nos ha empujado al borde de la autodestrucción. Habida cuenta de los enormes repositorios de riqueza y tecnología con que contamos, nuestra mayor necesidad no es ni una mayor riqueza ni más tecnología, sino una ética global para nuestro tiempo, y específicamente, una sabiduría moral (*phronesis*) que nos ayude a usar nuestras riquezas y tecnologías en pro del bien común.

Las paradojas de la vida económica moderna son, en gran medida, consecuencia de una paradoja de la historia de la ética. Antaño, tanto legisladores como profetas y filósofos instaban a las personas y a sus comunidades a atender las necesidades materiales de los pobres. Incluso en tiempos de escasez, se exigía a la comunidad que compartiera lo que le sobraba, por muy poco que fuera, con los que menos tenían. He aquí la poderosa idea de la Iglesia, sobre el destino universal de los bienes: la Creación es para todos los hijos de Dios, no solo para los ricos y poderosos.

Sin embargo, en estos tiempos de opulencia, en los que debería ser relativamente sencillo poner fin a la pobreza, la ética económica moderna no dice nada de los pobres, o peor aún: los menoscaba. Mayormente invisibles, son tratados como descartables. Y cuando se los hace visible, se los suele presentar como una carga indigna para el gasto público. A modo de ejemplo, Ronald Reagan, expresidente de los Estados Unidos, solía quejarse de «las reinas de la beneficencia», quienes en su opinión, habían simulado ser pobres para hacerse acreedoras de los subsidios públicos. Desde luego, esas personas nunca fueron identificadas, pero las acusaciones siguieron vigentes, y los subsidios a la pobreza a cargo del gobierno estadounidense sufrieron violentos recortes en la década de 1990.

La ética económica anglo-americana del día de hoy surgió al amparo de la economía capitalista del Nuevo Mundo, que comenzó a tomar forma durante el siglo XVI. A medida que la economía mundial se expandía, y mientras la Gran Bretaña industrializada tomaba la delantera de la nueva economía internacional, los intelectuales de esta nación fueron dando forma a una ética para apoyar a su país en su afán de conseguir riquezas y acumular capital. Dado el poderío económico y geopolítico de Gran Bretaña, esta nueva ética supo ejercer una influencia enorme a nivel mundial.

Hacia fines del siglo XVIII, los filósofos británicos enseñaban que la nueva economía de mercado, liderada por su país, era el resultado de una voluntad providencial. El mercado global estaba guiado por una «mano invisible» (término popularizado, mas no inventado, por Adam Smith), que orientaba los recursos hacia el mejor posible de sus usos. John Locke planteó la propiedad privada como un derecho natural e independiente del poder del estado. Para Locke y sus acólitos británicos y estadounidenses, la protección de la propiedad privada era lo que definía el rol del estado, así como su legitimidad.

El libertarismo, movimiento surgido en los Estados Unidos, llevó la filosofía de Locke aún más lejos, e instaló la protección de la propiedad privada como algo superior a los demás valores sociales. Según esta filosofía, el concepto de justicia se redefine como la libertad de acumular y disponer de la riqueza con total libertad, sin intervención alguna del estado, y sin responsabilidad jurídica ante el prójimo. En el discurso de Reagan, los pobres son con-

siderados indignos y despreciables: dicho de otro modo, son vistos como una amenaza a la comunidad.

En *La rebelión de Atlas*, una de sus novelas más populares, la novelista libertaria Ayn Rand escribe que para ayudar a un hombre «sólo en base a su sufrimiento como tal, aceptar sus fallos, su necesidad, como una reivindicación – es aceptar la hipoteca de un cero sobre tus valores. Sea tan sólo un céntimo que no echarás de menos o una amable sonrisa que no haya merecido, el tributo a un cero es una traición a la vida y a todos los que luchan por mantenerla. Es de tales céntimos y sonrisas que la desolación de tu mundo está hecha». Esta mezquina filosofía sigue siendo muy popular en el gran país del norte.

La ética anglo-americana de acumulación de riquezas marca un quiebre radical y peligroso con la ética religiosa y filosófica antigua. Los antiguos griegos enseñaban que la búsqueda insaciable de riquezas conlleva la infelicidad personal y el conflicto político. Un afán exagerado por adquirir bienes hace que el individuo pierda el control sobre sí mismo: es lo que Aristóteles decidió llamar *akratia*. El autocontrol (*enkratia*) y la virtud moral de la templanza (*sophrosyne*), son rasgos necesarios para alcanzar la felicidad (*eudaimonia*).

En su *Política*, Aristóteles hace una distinción entre la riqueza natural —necesaria para satisfacer necesidades básicas, como el alimento, el agua y la vivienda— y la riqueza artificial, que es la que resulta de acumular posesiones más allá de las necesidades básicas. La demanda de riqueza natural es limitada, pues una vez satisfecha una necesidad básica, sobreviene la saciedad; pero la demanda de riquezas artificiales, impulsada por una concupiscencia desordenada, puede tornarse insaciable (Polit., I, 3, n. 19, 1258 a 1).

Inspirándose en Aristóteles, Santo Tomás de Aquino afirma que «el deseo inmoderado de tener cualquier cosa» no es otra cosa que avaricia (S. Th., II-II, 118, 2), o un «apetito desordenado de riquezas» (In I Tim., 6, 10, Turín 1953, p. 259, n° 251). Esto conduce a la búsqueda del rédito como fin en sí mismo, a una codicia desenfrenada «que no conoce límites, sino que tiende al infinito» («*quae terminum nescit sed in infinitum tendit*») (S. Th., II-II, 77, 4). Este deseo infinito por algo finito es lo que Hegel llama «infinito espurio» (das Schlecht-Unendliche, véase GW 21, 127).

Los griegos sabían muy bien que las desigualdades extremas en materia de riqueza derivan en el malestar social. Allá por el siglo VI A.C., cuando en Atenas el choque de clases parecía inminente, Solón redistribuyó las tierras y las riquezas para restaurar la estabilidad social. En *Las leyes*, Platón propone que la diferencia máxima entre la superficie de tierras más grande y la más pequeña no supere la relación de cuatro a uno. En su *Política*, Aristóteles plantea que la estabilidad política debe asentarse en una sólida clase media. En la Atenas de Pericles, existía la institución de la *liturgia*, según la cual los más pudientes eran llamados por los magistrados a destinar parte de su riqueza a la financiación del bien público.

La antigua ley judía reconocía los derechos de los pobres en varios aspectos. El *sabbat* era para todos, incluso para los esclavos y los alcanzados por la servidumbre por deudas. Regía la prohibición de segar el campo hasta sus bordes, y de volver a buscar las espigas caídas, que debían dejarse para el pobre (Levítico, 23:22). Las deudas se consideraban canceladas y los esclavos debían liberarse durante los años de Jubileo. Como dijo Isaías, «¡aprendan a hacer el bien! ¡Busquen el derecho, socorran al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan a la viuda!» (01:17).

En sus Bienaventuranzas, Jesús amplía esta ética social atribuyendo la felicidad misma a los pobres de espíritu. «Felices los pobres de espíritu, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos» (Mateo 5:3). Los pobres de espíritu reconocen que los bienes espirituales, y Dios

sobre todas las cosas, son eternos, mientras que los materiales son efímeros. Jesús no dice que la pobreza material sea una bendición: la pobreza bendita es, por ejemplo, la que eligen los monjes cuando consagran sus vidas al Reino de Dios, según lo afirmado por San Lucas (6:20): «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!». Jesús condena la indigencia (la miseria), y prioriza en reiteradas ocasiones la necesidad de socorrer al pobre con alimento, refugio, vestimenta y otras necesidades básicas. («Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo.» Mateo 25:40). Lo que Jesús quiere decir es que el *espíritu de la pobreza* es lo bendito. Ese espíritu de pobreza promueve las virtudes, propuestas por los antiguos griegos, de la justicia (*dikaiosyne*), la templanza (*sophrosyne*), y la sabiduría moral (*phronesis*), a través de la virtud cristiana de la caridad (*caritas*), que según Santo Tomás de Aquino es «la más excelente de las virtudes». Aquino enseña que «la caridad es la forma, el motor, la madre y la raíz de todas las virtudes» (De virt., q. 2, a. 3 c.), tanto así que «quien tenga caridad es necesario que tenga también todas las demás virtudes» (De virt., q. 5, a. 2 c.).

*Caritas* es «una cierta amistad entre el hombre y Dios», fundada en la comunicación de la felicidad eterna, que promueve la amistad y el amor por los hijos de Dios (*agape*), es decir, el amor mutuo (S. Th., II-II, q. 24, a. 2, c.). Los «pobres de espíritu» subordinan todos los bienes, tanto los materiales como los artificiales (los mercantiles y los no mercantiles), al amor al prójimo, al bien común, y al bien de nuestro planeta. A través de la caridad, encuentran la voluntad personal de ayudar a los pobres, de amar al prójimo como a sí mismos, y de proteger la naturaleza. Jesús nos enseña que la lucha contra la pobreza empieza por el amor a Dios y el amor al prójimo. A partir de esa caridad, nacen y se perfeccionan las virtudes de la justicia, la templanza, la sabiduría moral y el cuidado de nuestro planeta.

El desafío que nos plantea el siglo XXI es el de acrecentar el amor al prójimo en aras de forjar una ética de la paz, la tolerancia, la justicia social y el desarrollo sostenible, que incluye la erradicación de la pobreza extrema (ODS 1), y la lucha contra la falta de salud y el calentamiento global. En su encíclica *Fratelli Tutti*, el Papa Francisco brinda su profunda sabiduría pastoral cuando habla de cómo podemos concretar un mundo donde reine la caridad, y cuando ilustra de qué manera podemos pasar de un planeta donde los pobres son invisibles y descartables, a uno donde cada ser humano goza, por el solo hecho de haber nacido, de sus derechos, entre otros, el derecho a la dignidad. («Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Declaración Universal de Derechos Humanos, Artículo 1).

La Iniciativa Science and Ethics of Happiness (SEH, «Ciencia y ética de la felicidad») apunta a forjar una nueva ética mundial para el siglo XXI, basada en la sabiduría milenaria de Oriente y Occidente, en las Bienaventuranzas, y en la ciencia moderna y las aspiraciones de nuestro planeta (lo que incluye la Declaración Universal de Derechos Humanos, los Objetivos de Desarrollo Sostenible, y el Acuerdo de París sobre el cambio climático). La reunión que esta iniciativa sostendrá el 3 y 4 de octubre, en la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales, habrá de considerar los desafíos éticos, institucionales y económicos que plantea la erradicación de la pobreza, en aras de alcanzar la *eudaimonia* (*beatitudo*) a nivel universal. Durante el encuentro se debatirán las siguientes cuestiones clave, entre otras:

1. ¿Quiénes son los pobres de espíritu?
2. ¿Cuáles son las causas de la pobreza?

3. *¿Cuáles son sus consecuencias psicosociales?*
4. *¿Cuáles son los derechos económicos de los pobres (v. g. la Declaración Universal de Derechos Humanos)?*
5. *¿Cuáles son nuestras obligaciones éticas y/o religiosas hacia los pobres?*
6. *¿Qué modos de participación de la sociedad civil son eficaces a la hora de proteger a los pobres?*
7. *¿Qué posibilidades existen en materia de redistribución de ingresos y protección social?*
8. *¿Qué clase de felicidad y, en consecuencia, qué tipo de bienes espirituales y temporales tienen quienes viven con espíritu de pobreza y en armonía con las Bienaventuranzas?*

## CONCEPT NOTE

There are two great paradoxes of modern economic life. First, the world is richer than ever, yet poverty persists in the midst of plenty. Second, the world has vast technical knowledge, yet technology has pushed humanity to the brink of self-destruction. With these vast storehouses of wealth and technology, our greatest need is neither more wealth nor more technology, but a global ethics for our time, and specifically the moral wisdom (*phronesis*) to use our wealth and technology for the common good.

The paradoxes of modern economic life result, in no small part, from a paradox in the history of ethics. In ancient time, the lawgivers, prophets, and philosophers commanded individuals and the communities to attend to the material needs of the poor. Though the community faced chronic scarcity, it was enjoined to share any meagre surplus with the poor. This is the Church's powerful idea of the Universal Destination of Goods: God's creation is for all of God's children, not only the rich and powerful.

Yet in our day of vast wealth, when it would be relatively straightforward to end poverty, modern economic ethics is most silent or even disparaging about the poor. The poor are mostly invisible and treated as disposable. When the poor are made visible, they are too often portrayed as an unworthy burden on the public dole. The late US President Ronald Reagan, for example, used to rail against "welfare queens," who he claimed had faked their poverty to live off of the public purse. Of course, such actual persons were never identified, but the charges stuck and U.S. welfare payments for the poor were sharply curtailed in the 1990s.

Today's Anglo-American economic ethics emerged in the service of the new world capitalist economy that took *shape* from the 16th century onward. As the world economy expanded, and as industrial Britain surged to the forefront of the new international economy, British intellectuals gave ethical support to the British quest for wealth and capital accumulation. Because Britain was economically and geopolitically ascendant, the new ethics had an enormous global influence.

By the end of the 18th century, British philosophers taught that the emerging British-led world market economy was of Providential design. The global marketplace was guided by an *Invisible Hand* (a term famously popularized but not invented by Adam Smith) that directed resources to their best use. John Locke recast private property as a natural right beyond the reach of the state. Indeed, for Locke and his British and American followers, the defining role of the state became the protection of private property, and the legitimacy of the state only extended to the protection of property.

American libertarianism has taken Locke's philosophy even further, placing the protection of private property above all other social values. In this libertarianism, the concept of justice is reconceived as the freedom to accumulate and dispose of wealth on a voluntary basis, without state intervention or any other legal responsibility to others. In Reaganesque discourse, the poor are widely regarded as unworthy and reprobate, in short, a threat to the community.

In one of her popular novels, the libertarian novelist, Ayn Rand, writes that to help a man "on the ground of his suffering as such, to accept his faults, his need, as a claim – is to accept the mortgage of a zero on your values ... Be it only a penny you will miss or a kindly smile he has not earned, a tribute to a zero is treason to life and to all those who struggle to maintain it. It is of such pennies and smiles that the desolation of your world was made." (*Atlas Shrugged*). This mean-spirited philosophy remains popular in America.

The Anglo-American ethics of wealth accumulation marks a radical and dangerous break with ancient philosophical and religious ethics. The ancient Greeks taught that the insatiable quest for wealth leads to personal unhappiness and to social and political strife. The exaggerated quest for wealth causes an individual to lose self-control, a condition Aristotle termed *akratia*. Self-control (*enkratia*), and the moral virtue of temperance (*sophrosyne*), are necessary virtues to achieve happiness (*eudaimonia*).

In *The Politics*, Aristotle distinguished between natural wealth – needed to meet basic needs such as food, drink, and shelter – and artificial wealth to accumulate possessions beyond basic needs. While the demand for natural wealth is limited, because desires are satiated when basic needs are fulfilled, the demand for artificial wealth can become insatiable, driven by a disordered concupiscence (Polit., I, 3, n. 19, 1258 a 1).

For St. Thomas Aquinas, following Aristotle, the “immoderate desire for having anything whatever” is called cupidity (S. Th., II-II, 118, 2), which he also defines as “inordinate desire for wealth” (In I Tim., 6, 10, Torino 1953, p. 259, n° 251). This leads to profit-making as an end in itself, which is the immoderate greed for gain “which knows no limit and tends to infinity (*quae terminum nescit sed in infinitum tendit*)” (S. Th., II-II, 77, 4). This infinite desire of the finite is what Hegel calls “the spurious infinite” (das Schlecht-Unendliche, see GW 21, 127).

The Greeks knew well that extreme inequalities of wealth also lead to social strife. When 6th century BC Athens was beset by dangerous class conflict, Solon redistributed land and wealth to restore social stability. In *The Laws*, Plato argued for a maximum ratio of the largest to the smallest landholdings of no more than four to one. In *The Politics*, Aristotle argued that political stability must be built on a large middle class. In Periclean Athens, the rich were expected to contribute to the public good through the institution of *liturgy*, wherein the richest citizens were designated by the magistrates to use their wealth to fund public investments.

Ancient Jewish law recognized the rights of the poor in several crucial ways. The Sabbath was for all persons, including slaves and bonded laborers. The edges and gleanings of the field were to be left for the poor (Leviticus 23:22). Debts were to be cancelled and slaves manumitted in Jubilee years. In the words of Isaiah, “Learn to do good; Seek justice, Reprove the ruthless, Defend the orphan, Plead for the widow.” (1:17).

In the Beatitudes, Jesus profoundly extends these social ethics by locating happiness itself in the poverty of the spirit: “Blessed are the poor in spirit, for theirs is the kingdom of heaven.” (Matthew 5:3). Those who are poor in spirit recognize that spiritual goods – especially God – are eternal while material goods are perishable. Jesus is not saying that material poverty is blessed as such; what is blessed is the poverty that, for instance, monks choose for the kingdom of God, according to Luke 6:20: “Blessed are you who are poor, for yours is the kingdom of God”. Jesus condemns destitution (misery) and repeatedly prioritizes the need to succor the poor with food, shelter, clothing and other basic needs. (“Truly, I say to you, as you did it to one of the least of these my brothers, you did it to me.” Matthew 25). What Jesus is saying is that the *spirit of poverty* is blessed. The *spirit of poverty* promotes the Greek virtues of justice (*dikaiosyne*), temperance (*sophrosyne*), and moral wisdom (*phronesis*), through the Christian virtue of charity (*caritas*), which is deemed by St. Thomas Aquinas to be “the most excellent of the virtues.” Aquinas teaches that “Charity is the form, mother, motor and root of all virtue” (De virt., q. 2, a. 3 c.) so that “whoever has charity must also have all the other virtues” (De virt., q. 5, a. 2 c.).

Caritas is “a certain friendship between man and God founded on the communication of eternal happiness”, which promotes a friendship, love (*agape*) for God’s children, that is, for each other (S. Th., II-II, q. 24, a. 2, c.). The “poor in spirit” subordinate all goods, both material and artificial (market and non-market), to the love of other persons, the common good and the planet’s good. Through caritas they find the personal resolve to help the poor and to love their neighbor as they love themselves, as well to safeguard nature. Jesus is teaching us that the fight to end poverty starts with the love of God and the love of others, and from that *Caritas* arise and perfect the virtues of justice, temperance, moral wisdom and the care of the Planet.

Our challenge in the 21st century is to bolster the love of each other in order to build an ethics of peace, tolerance, social justice, and sustainable development, including the end of extreme poverty (SDG 1), ill-health and global warming. In the encyclical *Fratelli Tutti*, Pope Francis offers profound pastoral wisdom on how we can achieve a world of Caritas, how we can move from a world in which the poor are invisible and disposable to a world in which each person is accorded their birthright of dignity and rights. (“All human beings are born free and equal in dignity and rights. They are endowed with reason and conscience and should act towards one another in a spirit of brotherhood.” Universal Declaration of Human Rights, Article I).

The Science and Ethics of Happiness (SEH) is striving towards a new global ethics for the 21st century that builds on ancient wisdom both East and West, on the Beatitudes, and on modern science and the world’s aspirations (including the Universal Declaration of Human Rights, the Sustainable Development Goals, and the Paris Agreement for climate safety). The SEH meeting on October 3-4 at the Pontifical Academy of Social Sciences will consider the ethical, institutional, and economic challenges of ending poverty in the service of universal *eudaimonia* (*beatitudo*). Key questions that will be considered include:

1. *Who are the poor in spirit?*
2. *What are the causes of poverty?*
3. *What are the psychosocial consequences of poverty?*
4. *What are the economic rights of the poor (e.g., Universal Declaration of Human Rights)?*
5. *What are our ethical and/or religious obligations to the poor?*
6. *What are effective modes of civil society engagement in defense of the poor?*
7. *What are the possibilities for income redistribution and social protection?*
8. *What kind of happiness and consequent spiritual and temporal goods come to those who live in poverty of spirit according to the Beatitudes?*









# DECLARACIÓN SOBRE LA POBREZA DEL PROGRAMA SOBRE LA CIENCIA Y LA ÉTICA DE LA FELICIDAD

6 de octubre de 2021

Casina Pío IV, Ciudad del Vaticano

La pobreza extrema en nuestro mundo actual refleja estructuras de pecado, no la escasez primaria de bienes. Es hora de poner fin a la pobreza extrema y al gran sufrimiento que causa, reformando las instituciones económicas, políticas y sociales que fomentan la codicia, la injusticia y la indiferencia.

El Papa Francisco señala que “Hoy vemos que el mundo nunca ha sido tan rico, y sin embargo —a pesar de tanta abundancia— la pobreza y la desigualdad persisten y crecen. En estos tiempos de opulencia, cuando debería ser posible acabar con la pobreza, los poderes del “pensamiento único” no dicen nada de los pobres, los ancianos, los emigrantes, los no nacidos y los enfermos graves. En su mayoría invisibles, son tratados como descartables”. El Papa Francisco nos llama a “realizar un movimiento global contra la indiferencia que cree o recree instituciones sociales inspiradas en las Bienaventuranzas y nos impulse a buscar la civilización del amor.”

El fin de la pobreza se adoptó por primera vez como un derecho mundial hace setenta y tres años, cuando los Estados miembros de la ONU aprobaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) en 1948. Esta “carta moral” de la ONU garantiza a cada persona del planeta:

el derecho a un nivel de vida adecuado para su salud y bienestar y el de su familia, incluidos la alimentación, el vestido, la vivienda y la asistencia médica, así como los servicios sociales necesarios, y el derecho a la seguridad en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

En nuestro tiempo, estos diversos derechos económicos se reconocen en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible, que incluyen la protección social para todos y el fin de la pobreza (ODS 1); el fin del hambre (ODS 2); el fin del trabajo forzado, la esclavitud, el trabajo infantil y la trata de personas (ODS 8); y el acceso universal a la sanidad (ODS 3), la educación (ODS 4), el agua potable y el saneamiento (ODS 6), los servicios energéticos modernos (ODS 7), el trabajo decente para todos (ODS 8), la conectividad digital (ODS 9) y la seguridad medioambiental (ODS 11-15). Estos objetivos deben lograrse con la igualdad de género (ODS 5) y la reducción de la desigualdad para superar la pobreza relativa (ODS 10). La Declaración Universal y los ODS dejan claro que la pobreza es multidimensional y que debe entenderse, medirse y afrontarse en sus dimensiones económica, social y medioambiental.

La verdad moral fundamental es que la Tierra y la economía mundial pertenecen a todos sus habitantes, incluidas las generaciones futuras, y no sólo a los que hoy tienen gran poder y riqueza. En la primera bienaventuranza, Jesús enseña: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Tomás de Aquino explicó el significado de ser pobre de espíritu “aunque algunos tengan riquezas, no las tienen en su corazón; *‘si las riquezas abundan, no pongas tu corazón en ellas* (Sal 62,11)”. Una sociedad pobre de espíritu es una sociedad solidaria, fraterna y justa. Sin embargo, esta no es nuestra realidad actual.

Con unos ingresos y una producción mundial de 100 billones de dólares, lo que equivale a 12.500 dólares por cada persona del planeta, y con unos 3.000 multimillonarios que poseen unos 15 billones de dólares de riqueza personal, no hay escasez primaria que obligue a un mundo en el que 1.000 millones de personas siguen en la indigencia, con hambre y sin acceso a la sanidad y la educación. El Tesoro de EE.UU. ha informado recientemente que la evasión fiscal de los hogares más ricos de EE.UU., por sí sola, asciende a cientos de miles de millones de dólares de ingresos perdidos cada año.

El carácter anacrónico de la pobreza extrema en nuestro mundo de abundancia es fácil de ver. Consideremos el coste de proporcionar una protección social de 1.000 dólares por persona y año a cada uno de los 1.000 millones de personas más pobres. El coste total sería de 1 billón de dólares, un mero 1% de la renta mundial. El hecho de que no se proporcione esa financiación, ya sea en forma de transferencias de efectivo o de servicios públicos como la sanidad y la educación, es una cuestión de codicia e indiferencia de los países más ricos.

Lamentablemente, casi tres cuartos de siglo después de que los Estados miembros de la ONU reconocieran los derechos económicos universales en la DUDH, estos derechos económicos básicos aún no se han hecho realidad. El mundo se ha enriquecido enormemente desde 1948 y, sin embargo, las privaciones de los pobres han persistido, en gran parte debido a los continuos abusos de los ricos y poderosos:

- Los ultrarricos ocultan sus fondos en fideicomisos, cuentas secretas y paraísos fiscales internacionales, como se revela una vez más en los *Papeles de Pandora*;
- Muchos líderes políticos participan personalmente en estos abusos, y muchos más apoyan políticas fiscales y reguladoras que facilitan la evasión de impuestos y los paraísos fiscales, privando a los gobiernos de los ingresos fiscales que necesitan para proporcionar el bien común;
- Los países ricos siguen emitiendo gases de efecto invernadero mientras no compensan a los países pobres por las crecientes pérdidas y daños que están sufriendo;
- Los países ricos siguen defendiendo los intereses de sus empresas multinacionales por encima de los derechos de los pobres en su país y en el extranjero;
- Muchas empresas multinacionales siguen acaparando y expropiando las tierras y los recursos de las poblaciones indígenas y empobrecidas de todo el planeta, o participando en cadenas de suministro mundiales en las que se abusa de las poblaciones vulnerables y se las desatiende.

Estas estructuras de pecado arrastran a gran parte de la humanidad en su poderoso vórtice. Los hombres y mujeres de negocios que quisieran resistir se ven a menudo presionados por las estructuras de la codicia corporativa, y se sienten más atrapados y manipulados que recompensados por ellas. De ahí que seamos testigos de la creciente frecuencia de denunciantes corporativos, y de críticas y críticos internos a estas estructuras que buscan nuevos caminos.

No debemos seguir aceptando las falsas narrativas que culpan a los pobres de su destino. Los ricos critican a los pobres por sus carencias, cuando en realidad los pobres son víctimas de sistemas plutocráticos y racistas, de la segregación residencial y laboral, y de la exclusión de servicios públicos decentes. Los pobres son cada vez más víctimas de las catástrofes medioambientales resultantes en gran medida del consumo y la producción insostenibles de los ricos. Los ricos persisten en sus prácticas insostenibles mientras niegan la compensación a los pobres por los daños sufridos.

Los países pobres son señalados habitualmente por su supuesta mala gobernanza. Sin embargo, los gobiernos reformistas de los países en desarrollo han sido derrocados repetidamente por los países poderosos para proteger sus estrechas prerrogativas financieras. ¿Dónde estaría el mundo hoy si el iraní Mohammad Mossadegh no hubiera sido derrocado en interés de la Anglo-Persian Oil Company (ahora BP); el guatemalteco Jacobo Arbenz no hubiera sido derrocado en nombre de la United Fruit Company; y el congoleño Patrice Lumumba no hubiera sido derrocado para proteger los beneficios de Union Minière? ¿Dónde estaríamos hoy si los países poderosos no hubieran librado sangrientas y costosas guerras en Afganistán, Irak, Siria, Libia, Yemen y otros lugares?

Dadas estas estructuras de pecado, tenemos que acabar con la retórica de la “asistencia extranjera” o “ayuda exterior”, que implica que los países ricos están haciendo un favor a los pobres, y volver al lenguaje más antiguo y más apropiado de la justicia. “Justicia, justicia, justicia perseguirás”, se nos dice en las Escrituras. El deber de la justicia se reconoce también en el Islam en la obligación sagrada del Zakat, el pago de una parte de la riqueza en favor de los pobres.

La justicia económica exige que los países ricos, y las personas y familias más ricas, respeten sus responsabilidades históricas y actuales, reparen los daños que han causado y paguen la parte que les corresponde para acabar con la pobreza y las privaciones. Necesitamos un sistema fiscal y financiero global que sirva a toda la humanidad, no sólo a una élite financiera. Un sistema así recaudará más ingresos fiscales de los ricos y las empresas, aliviará las deudas impagables de los países en desarrollo y aumentará el flujo de financiación de los ODS en condiciones favorables a través de los bancos multilaterales de desarrollo.

El fin de la pobreza y la plena consecución de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y los Objetivos de Desarrollo Sostenible no son fantasías idealistas. Por el contrario, son objetivos realistas, dignos de los mismos esfuerzos dedicados que actualmente se desvían hacia la planificación fiscal de las empresas, los paraísos fiscales y los nuevos y poderosos sistemas de armamento. Esas estructuras de pecado requieren un trabajo considerable para su puesta en marcha. Como mínimo, la misma seriedad de esfuerzo debería dirigirse a acabar con la pobreza. Del mismo modo, todos los arduos esfuerzos diplomáticos que se están llevando a cabo para construir nuevas alianzas militares y guerras frías deberían reorientarse hacia la única guerra justa de nuestra época: aquella en la que todas las naciones se alinean juntas contra la pobreza, la exclusión y la destrucción del medio ambiente.

Además, somos muy conscientes del gran poder de la sociedad civil para crear el futuro que queremos y necesitamos. Las instituciones políticas y económicas no existen en el vacío, sino que están influidas por la opinión pública de los ciudadanos y las acciones cotidianas de los consumidores, y dependen de ellas. Ayudaremos a fomentar una alianza mundial de la sociedad civil -empresarios ilustrados, organizaciones sin ánimo de lucro, consumidores e inversores responsables, y especialmente los jóvenes- para trabajar por la eliminación de la pobreza. Contribuiremos a desarrollar los materiales educativos y las métricas para ayudar a los individuos, como ciudadanos y como consumidores, y a las empresas, a tomar decisiones responsables.

Alzamos nuestra voz especialmente en nombre de los niños y jóvenes del mundo, que están heredando un mundo de desigualdades y amenazas medioambientales sin precedentes, entre las que destacan las nuevas enfermedades emergentes como el Covid-19. Nada puede ser más importante en este mundo que todos los niños y jóvenes disfruten de su derecho a una nutrición decente, al acceso a la sanidad y a una educación de calidad, para que puedan desarrollar su potencial para una vida próspera. Y nada puede ser más perjudicial para sus vidas, y para el futuro de la humanidad, que el implacable sufrimiento causado por la pobreza.

Por lo tanto, tenemos que promover el bienestar de los jóvenes, incluyendo su actuación moral, sus voces, su liderazgo y sus visiones para un futuro de desarrollo sostenible y el bien común. Debemos promover los nuevos enfoques educativos previstos en la meta 4.7 de los ODS, en los que todos los alumnos “adquieran los conocimientos y las aptitudes necesarios para promover el desarrollo sostenible”, incluida una cultura de paz y no violencia, la ciudadanía mundial y la apreciación de la diversidad cultural. Al fomentar la compasión, esta educación ampliada permitirá a los jóvenes reforzar su sensibilidad ante las estructuras del pecado y apreciar la capacidad y los medios para acabar con la pobreza.

En nombre de la justicia, y en el espíritu de la primera bienaventuranza, pedimos a los líderes del G20 —tanto de los países ricos como de los pobres— que establezcan un plan de financiación claro y un calendario para lograr el fin de la pobreza extrema y los objetivos de desarrollo sostenible relacionados, cuando se reúnan en Roma a finales de octubre.

Pedimos específicamente las siguientes medidas:

(1) Lo más urgente es el envío de cientos de millones de dosis de la vacuna contra el Covid-19 a los países en desarrollo cada mes para garantizar que todos los países, ricos y pobres, cumplan el plazo de la Organización Mundial de la Salud de al menos un 40% de cobertura vacunal para finales de 2021, y un 70% de cobertura para mediados de 2022;

(2) Un nuevo régimen fiscal y financiero internacional que introduzca impuestos a nivel mundial sobre las grandes fortunas y las rentas ultra-elevadas, que ponga freno a los paraísos fiscales y a la evasión fiscal, que alivie la deuda de los países en desarrollo muy endeudados y que dirija los ingresos fiscales adicionales y la financiación del desarrollo hacia la consecución de los ODS.

(3) Un plan global elaborado en los próximos meses, con la participación del sistema de las Naciones Unidas, los países del G20, el mundo académico, la juventud mundial y la sociedad civil, para lograr los 17 ODS y el Acuerdo Climático de París.

Y lo que es más importante, pedimos a los líderes del G20 que acepten su sagrada responsabilidad de cumplir la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y que reconozcan que 75 años es tiempo suficiente para cumplir lo que el mundo prometió a la sombra del Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Nuestra tarea más sagrada es evitar otro episodio de autodestrucción, ya sea por guerra o por devastación medioambiental. Por nuestra supervivencia y bienestar, por el bien de nuestros hijos y de las generaciones venideras, debemos crear un mundo de solidaridad y justicia, en el que la dignidad y los derechos de todos estén asegurados. Estas son condiciones indispensables para realizar el proyecto de la fraternidad universal y del respecto al planeta que propone el Papa Francisco en *Laudato si'* y en *Fratelli tutti*.

# STATEMENT ON POVERTY BY THE PROGRAM ON THE SCIENCE AND ETHICS OF HAPPINESS

October 6, 2021  
Casina Pio IV, Vatican City

Extreme poverty in our world today reflects structures of sin, not the primary scarcity of goods. It is time to end extreme poverty and the great suffering it causes by reforming the economic, political and social institutions that foster greed, injustice, and indifference.

Pope Francis notes that “Today we see that the world has never been so rich, yet – despite such abundance – poverty and inequality persist and grow. In these times of opulence, when it should be possible to put an end to poverty, the powers of one-track thinking say nothing of the poor, the elderly, the migrants, the unborn, and the seriously ill. Mostly invisible, they are treated as disposable.” Pope Francis calls on us to “realize a global movement against indifference that creates or recreates social institutions inspired by the Beatitudes and impels us to seek the civilization of love.”

The end of poverty was first embraced as a global right seventy-three years ago, when the UN member states adopted the Universal Declaration of Human Rights (UDHR) in 1948. This “moral charter” of the UN guarantees to each person on the planet:

the right to a standard of living adequate for the health and well-being of himself and of his family, including food, clothing, housing and medical care and necessary social services, and the right to security in the event of unemployment, sickness, disability, widowhood, old age or other lack of livelihood in circumstances beyond his control.

In our own time, these diverse economic rights are recognized in the 17 Sustainable Development Goals, including social protection for all and the end of poverty (SDG 1); the end of hunger (SDG 2); the end of forced labor, slavery, child labor, and human trafficking (SDG 8); and universal access to healthcare (SDG 3), education (SDG 4), safe water and sanitation (SDG 6), modern energy services (SDG 7), decent work for all (SDG 8), digital connectivity (SDG 9), and environmental safety (SDGs 11-15). These goals should be accomplished with gender equality (SDG 5) and reduced inequality to overcome relative poverty (SDG 10). The Universal Declaration and the SDGs make clear that poverty is multi-dimensional, and should be understood, measured, and confronted in its economic, social, and environmental dimensions.

The fundamental moral truth is that the Earth and the global economy belong to all its inhabitants including future generations, not only to those today with great power and wealth. In the first beatitude, Jesus teaches, “Blessed are the poor in spirit.” Thomas Aquinas explained the meaning of being poor in spirit: “although some have riches, yet they do not have them in their heart; *if riches abound, set not your heart upon them* (Ps 62:11).” A society that is poor in spirit is a society of solidarity. Yet this is not our present reality.

With the world’s annual income and production of \$100 trillion, equal to \$12,500 for each person on the planet, and with around 3,000 billionaires holding some \$15 trillion in personal wealth, there is no primary scarcity that compels a world in which 1 billion people still destitute, hungry, and without access to healthcare and education. The US Treasury has recently reported that US tax evasion by America’s richest households alone amounts to hundreds of billions of dollars of lost revenues each year.

The anachronistic nature of extreme poverty in our world of plenty is easily seen. Consider the cost of providing social protection of \$1,000 per person per year for each of the 1 billion poorest people. The total cost would be \$1 trillion, a mere 1% of world income. The failure to provide such funding, whether in the form of cash transfers or public services such as healthcare and education, is a matter of the greed and indifference of the richest countries.

Shamefully, nearly three-quarters of a century since the universal economic rights were acknowledged by the UN member states in the UDHR, these basic economic rights have still not been realized. The world has become phenomenally rich since 1948, yet the deprivations of the poor have persisted, in no small part because of continued abuses by the rich and powerful:

- The ultra-rich hide their funds in trusts, secret accounts, and international tax havens, as revealed once again in the *Pandora Papers*;
- Many political leaders partake personally in these abuses, and many more support tax and regulatory policies that facilitate tax evasion and tax havens, depriving governments of the tax revenues they need to provide for the common good;
- Rich countries continue to emit greenhouse gases while failing to compensate the poor countries for the growing losses and damages they are incurring;
- Rich countries continue to champion the interests of their multinational companies over the rights of the poor at home and abroad;
- Many multinational corporations continue to grab and despoil the lands and resources of indigenous and impoverished populations across the planet, or to participate in global supply chains in which vulnerable populations are abused and neglected.

These structures of sin sweep up much of humanity in their powerful vortex. Businessmen and women who would like to resist are often caught up in structures of corporate greed, and feel more trapped and manipulated than rewarded by them. Hence, we witness the increasing frequency of corporate whistleblowers and insider critics who are looking for new pathways.

We must no longer accept the false narratives that blame the poor for their fate. The rich criticize the poor for their shortcomings when in fact the poor are victims of plutocratic and racist systems, residential and job segregation, and exclusion from decent public services. The poor are increasingly the victims of environmental catastrophes resulting largely from the unsustainable consumption and production of the rich. The rich persist in their unsustainable practices while denying compensation to the poor for the damages incurred.

Poor countries are routinely called out for their alleged poor governance. Yet reform-minded governments in developing countries have repeatedly been overthrown by powerful countries to protect narrow financial prerogatives. Where would the world be today if Iran's Mohammad Mossadegh had not been overthrown in the interest of the Anglo-Persian Oil Company (now BP); Guatemala's Jacobo Arbenz had not been toppled on behalf of United Fruit Company; and the Congo's Patrice Lumumba had not been overthrown to protect the profits of Union Minière? Where would we be today if powerful countries had not waged bloody and costly wars in Afghanistan, Iraq, Syria, Libya, Yemen, and elsewhere?

Given these structures of sin, we need to end the rhetoric of “foreign assistance” or “foreign aid,” which implies that the rich countries are doing a favor to the poor, and return to the more ancient and more appropriate language of justice. “Justice, justice, justice shall



you pursue,” we are told in the Scriptures. The duty of justice is recognized in Islam in the sacred obligation of Zakat, the payment of a portion of wealth for the sake of the poor.

Economic justice requires that the rich countries, and the richest individuals and families, respect their historical and current responsibilities, repair damages they have caused, and pay their fair share for ending poverty and deprivation. We need a global tax and financial system that serves all of humanity, not just a financial elite. Such a system will collect more tax revenues from the rich and the corporations, relieve unpayable debts of developing countries, and increase the flow of SDG finance at favorable terms through the multilateral development banks.

The end of poverty and full achievement of the Universal Declaration of Human Rights and the Sustainable Development Goals are not idealistic fantasies. Rather, they are realistic goals, worthy of the same dedicated efforts that currently are misdirected towards corporate tax planning, tax havens, and new powerful weapons systems. Those structures of sin take considerable work to put in place. At a minimum, the same seriousness of effort should be directed to end poverty. Similarly, all of the arduous diplomatic efforts now underway to build new military alliances and cold wars should be redirected to the only just war in our age: the one in which all nations are aligned together against poverty, exclusion, and environmental destruction.

Moreover, we are keenly aware of the great power of civil society to create the future we want and need. Political and economic institutions do not exist in a vacuum, but are influenced by, and dependent upon, the public opinion of citizens and daily actions of consumers. We will help to encourage a global alliance of civil society -- enlightened entrepreneurs, not-for-profit organisations, responsible consumers and investors, and especially the young – to work towards the elimination of poverty. We will help to develop the educational materials and metrics to help individuals, as citizens and as consumers, and businesses, to make responsible choices.

We raise our voices especially on behalf of the world’s children and young people, who are inheriting a world of unprecedented inequalities and environmental threats, not least of which are newly emerging diseases such as Covid-19. Nothing can be more important in this world than that every child and young person enjoy their rights to decent nutrition, access to healthcare, and a quality education, so that they may fulfill their potential for a thriving life. And nothing could be more damaging to their lives, and the future of humanity, than the relentless suffering caused by poverty.

Therefore, we need to promote the well-being of young people, including their moral agency, voices, leadership, and visions for a future of sustainable development and the common good. We need to promote new educational approaches envisioned in SDG target 4.7, in which all learners “acquire the knowledge and skills to promote sustainable development,” including a culture of peace and non-violence, global citizenship, and an appreciation of cultural diversity. By building compassion, this expanded education will enable young people to strengthen their sensitivity to the structures of sin and to appreciate the ability and means to end poverty.

In the name of justice, and in the spirit of the first beatitude, we call on the G20 leaders – of rich and poor countries alike – to set a clear financing plan and timeline for achieving the end of extreme poverty and the related sustainable development goals, when they meet in Rome at the end of October.

We call specifically for the following measures:

(1) Most urgently, shipments of hundreds of millions of Covid-19 vaccine doses to developing countries each month to ensure that all countries, rich and poor, meet the World Health Organization timeline of at least 40 percent vaccine coverage by end-2021, and 70 percent coverage by mid-2022;

(2) A new international tax and financial regime that introduces worldwide taxes on mega-wealth and ultra-high-incomes, clamps down on tax havens and tax evasion, relieves the debts of the heavily indebted developing countries, and directs additional tax revenues and development financing towards achieving the SDGs

(3) A global plan elaborated in the coming months, and engaging the UN system, the G20 countries, academia, the global youth, and civil society, to achieve the 17 SDGs and the Paris Climate Agreement.

Most importantly, we call on the G20 leaders to accept their sacred responsibility to fulfill the Universal Declaration of Human Rights, and to acknowledge that 75 years is time enough to accomplish what the world pledged in the shadows of the Holocaust and World War II. Our most sacred task is to prevent another episode of self-destruction, whether by war or environmental devastation. For our survival and wellbeing, for the sake of our children and for generations to come, we must create a world of solidarity and justice, in which the dignity and rights of all are secure. These are indispensable conditions for realising the project of universal brotherhood and respect for the planet proposed by Pope Francis in *Laudato si'* and in *Fratelli tutti*.





THE PONTIFICAL ACADEMY OF SOCIAL SCIENCES  
CASINA PIO IV | V-00120 VATICAN CITY  
Tel: +39 0669881441 | Fax: +39 0669885218 | Email: [pass@pass.va](mailto:pass@pass.va)  
For further information please visit: [www.pass.va](http://www.pass.va) | [www.endslavery.va](http://www.endslavery.va)

**ENDSLAVERY**

[f /nonservos](https://www.facebook.com/nonservos) [t @nonservos](https://twitter.com/nonservos) [t @casinapioiv](https://twitter.com/casinapioiv) [i /nonservos](https://www.instagram.com/nonservos)

Cover: Fra Angelico, *St. Stephen Distributing Alms*  
Photos: Gabriella Clare Marino